

San José - Pekín

(UN VIAJE A LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS)

La última entrega del libro del conocido periodista D. Adolfo Herrera García, publicada en el número anterior de este periódico, termina con una conversación del señor Herrera con un liberal colombiano, expulsado de su país por la camarilla conservadora que gobierna ese país. El diálogo continúa:

Agrega, ya indignado, sin miedo:

—Aquello es así: una zarabanda. Eso que dije en los versos que leí en la velada. Una zarabanda! Fíjense... Pero tal vez los estoy cansando...

—No, no. Siga por favor...

—Una verdadera zarabanda! Fíjense: el gobierno dice que manda un batallón y una fragata a defender la democracia al otro lado del mundo, a Corea; y por otra parte, ese mismo gobierno quema los periódicos de la oposición, ahí, en Bogotá, expulsa a quienes chistamos, fusila a quienes protestan. ¿Qué es lo que hace el gobierno de Colombia? A ver, ¿qué hace?

Como nosotros no sabemos qué hace, el hombrecito explica entonces:

—Pelea con los coreanos; pelea con los liberales; mata campesinos de Corea, mata campesinos de Colombia. Y va amontonando un ejército de víctimas nativas, que al cabo, están terminando por ver con admiración a los comunistas chinos que les están arreando a estos bandidos. Y ese es el único gobierno —claro, tenía que ser el único gobierno— que se ha atrevido a mandar tropas a Corea en toda la América Latina. Miren: si fuera de verdad a salvar la democracia, el gobierno conservador de Colombia no hubiera mandado a Corea ni un alfiler. ¡Puras torpezas es ese gobierno, amigos míos! ¿Y los Estados Unidos? Yo no sé si ustedes son partidarios de los Estados Unidos, pero permítanme decirles que han hecho también una cosa idiota. ¿Saben cuál es?

Como no sabemos a cuál de todas se refiere, nos quedamos callados:

¿No la saben? Pues es ésta: se pusieron a pelear con Hitler, a derrotarlo, para terminar, al cabo, haciendo lo que Hitler hacía tan bien hecho, a su manera: luchar contra el comunismo. ¿Qué

era la obsesión de Hitler, a ver? ¡Luchar contra el comunismo! ¿Qué es la obsesión de los Estados Unidos? ¡Luchar contra el comunismo! ¿Qué es eso es el pacto Anti-Comintern de Hitler, Mussolini y el otro loco de Hirohito! Yo no es que sea comunista, pero veo las cosas.

Y termina levantando los brazos con desconsuelo:

—¡La gente está loca, amigos míos! Todo se lo va a llevar el diablo!

Tiene que escribir una carta para ponerla en el correo, apenas se baje en Curazao, anunciándole a su familia adónde está ahora. Y mientras le escribe a su esposa, a sus hijos, allá adelante, en su asiento, nosotros desde atrás lo miramos con una honda, con una cálida ternura humana.

(En Curazao nos abrazó, entró a la aduana, se perdió entre la gente, y no lo volvimos a ver más. ¿Dónde está ahora aquel maestro flaco, nervioso, que peroraba dentro de un avión, con una pijama en la mano?)

EN CURAZAO

Es un trecho largo y aburrido este de Barranquilla a Curazao. El camarero nos ve bostezando y se hace amigo nuestro. Es un mulato de negra y holandés, con los dientes calzados en oro, delgado flexible, coyundoso. Su esperanza es trabajar en la ruta trasatlántica Curazao-Amsterdam y dejar ésta ruta casera El Salvador-Curazao. Admira a las mujeres de Costa Rica y le encanta el clima de San José. En Curazao vive con su madre, y es posible que este puesto, muy codiciado entre los blancos de la Guayana, lo haya conseguido, pese a su color, por influencia de su padre, un holandés que vive ahora en Amsterdam y que de esta manera quiso ayudar al fruto de aquellos amores clandestinos, con la negra, cuando de joven trabajó en Curazao.

El machacho es simpático y cortés. Nos sirve un whiskey y en voz baja, cerrándonos un ojo, nos pregunta después si queremos más. Con la viveza ondulante de los mulatos, casi con ritmo de rumba, descorcha otra botella y corta pedazos de queso para las "bocas", en tanto que insiste en que "las ticas son

muy bellas".

Sudando, bajo un calor de horno, a las seis de la tarde, estábamos comiendo en el restaurante del aeropuerto de Hato, en Curazao, después de habernos proveído de la tarjeta que nos franqueó las puertas del comedor, donde unos holandeses en camisa bebían cerveza, mientras sus mujeres, color de bronce, tostadas, ojos celestes, recién bañadas, con trajes sin espaldas, sorbían lentamente, con pajilla, un "piper-mint", oyendo el radio que deshojaba por el altoparlante, con languidez, una vieja melodía de Jerome Kern.

Antes de embarcarnos —eran las ocho de la noche— salimos un instante a la puerta del edificio. De ese momento, hay varios recuerdos inolvidables: un ruido ronco y lejano, un aire salino, un calor de costa, indican que el mar está muy cerca; pero en la oscuridad de una esquina desconocida, bajando apenas del avión, no se le puede ubicar; (dos meses después, de día, vi que habíamos estado a cien varas escasas de la playa); el camarero negro, de saco blanco y corbata de lazo, que espera la propina muy serio; otro negro, gordinflón, todo de blanco de los pies a la tártara de la cabeza, sentado en un confortable, abanicándose pachorrudo; y desde la puerta, una carretera oscura en la noche, que va a la ciudad, allá adentro, desconocida, misteriosa, en la primera noche del recién llegado, por donde seguro se fué, con los hombros hundidos, el emigrante colombiano. Y de último, los murales —azules intensos— del aeropuerto de Hato, que quieren ser modernistas y se quedan, humildemente, en horrorosos...

OTELO:

• Vamos volando sobre el Caribe, de Curazao a la Habana, ya definitivamente acomodados en el cuatrimotor que nos llevará hasta Europa. En los primeros momentos, de noche, la atención no se fija en nadie. Después, conforme avanza el tiempo, para entretenerse, uno pone atención a los desconocidos compañeros de viaje, esas personas que no saben quiénes somos ni saben quiénes son y que, unidos todos para siempre, podremos entrar juntos a la muerte.

A un lado de nosotros va una muchacha

(Pasa a la Pág. 6)